

EL PORVENIR DEL OBRERO

Contra los hipócritas

No existe precisamente una oficina donde se expendan certificados de honradez y patentes de moralidad; pero es casi lo mismo, porque hay unos cuantos señores que se encargan de repartir las credenciales de la virtud y de condenar á los que no se ajustan á sus pragmáticas. Esos señores son los que en tiempo de Cristo se llamaban fariseos y hoy día llamamos sencillamente hipócritas.

El caracter distintivo de los hipócritas es el presentarse como muy religiosos y muy hombres de orden, riéndose de todo en el fondo, pero aprovechándolo todo para sus egoísmos y ruines pasiones.

Segun ellos, el que cobra una peseta á un campesino ignorante ó á una pobre vieja para sacar un alma del purgatorio, es una persona decente. En cambio, el que no quiere mentir y desinteresadamente dice que el alma es una ilusión y el purgatorio una engañifa, ese es un malhechor.

Lo mismo pasa respecto de la propiedad. Somos unos malvados los que aspiramos á organizar la sociedad racionalmente, de modo que no sea posible la miseria y el hambre. En cambio, son personas honradísimas el comerciante que engaña en el precio, en el peso y en la medida y el industrial que falsifica productos alimenticios, como los que fueron descubiertos hace poco en los Estados Unidos, que fabricaban salsichas con animales enfermos, carnes corrompidas y toda clase de inmundicias.

Porque somos enemigos de la política y de todos los sistemas de gobierno, merecemos todos los anatemas. En cambio, los políticos están organizados en verdaderas cuadrillas de ladrones, cuyo objetivo es el saqueo de los presupuestos nacionales, provinciales y municipales, por medio de una vasta red de caciques grandes y pequeños que devastan el país. Todos conocen al cacique, todos le odian en su corazón, pero todos le temen porque el poder le ampara y pasa por atrevido el que se atreve á resistirle.

«Más puros que el aliento de los ángeles» son nuestros burgueses cuando hablan de la castidad y anatemizan el amor libre. No está mal que lo anatemicen, puesto que el amor libre es precisamente lo contrario de la prostitución y ellos en la prostitución y de la prostitución viven.

No nos referimos solamente á la prostitución oficial, esa gran calamidad que los hipócritas burgueses sostienen y fomentan, sino también á la prostitución de la vida privada de esos hipócritas. El más elocuente predicador de la castidad suele tener, por lo menos, una querida. Otros, muy pudi-

bundos, no buscan mujeres porque esto es propio de hombres.

Amparados en la moral eclesiástica y en las «ideas de orden» esos hipócritas tienen la osadía de presentarse como buenos, como los mejores; tienen la osadía de presentarse ante el pueblo y de despreciar al pueblo, que moralmente, con todos sus defectos, está muy por encima de ellos.

Que fuesen como son, ya que no puedan ser de otro modo, podría pasar, aunque causase repugnancia; pero que se erijan en censores, en definidores y predicadores de moral y repartidores de credenciales de honradez, eso es intolerable.

Afortunadamente, contra la hipocresía hay un conocido remedio: el escándalo. Desenmascarar á los hipócritas, escandalizar sus fechorías, publicar á gritos lo que ocultan en la sombra y en el silencio, es una gran obra de saneamiento social.

JUAN CUALQUIERA

Razones y palos

(Continuación.)

Sin duda alguna, se pasará un larguísimo período de revolución social hasta que la ANARQUÍA, así con letras mayúsculas, sea sólida y definitivamente instaurada, libre ya de enemigos y sin peligro de retrocesos para lo futuro. Es probable también que, cuando así sea, diferentes modalidades y sistemas anárquicos habrán vivido ya, y que la Anarquía, con *ismos*, haya existido y desaparecido alguna vez, ora vencida, ora vencedora de sus enemigos y aún de los que, llamándose sus partidarios, tendrán un concepto muy equivocado de ella.

Es evidente que al estallar en el presente siglo formalmente la Revolución Social, empezarán ya á desaparecer sin tregua alguna sus seculares enemigos y que quedarán exterminados para siempre muchos *ismos*: el tradicionalismo, el autocratismo, el constitucionalismo con el monarquismo; el clericalismo, el estadismo, el centralismo, el militarismo, el capitalismo, con el republicanismo burgués.

Estos serán los principales *ismos matrices* enemigos de la Gran Revolución que desaparecerán enseguida; pero otros *ismos* enemigos de la Anarquía quedarán, contra los cuales continuará la lucha.

El individualismo, último cartucho del burguesismo, que sólo se comprende con la sociedad burguesa ó en una colectividad de miserables ó de hombres-hienas, desaparecerá como *ismo* con la burguesía; habrá muerto con ella, y será enterrado por el comunismo comunalista federativo, que será, según todas las probabilidades, el sistema transitorio que asegurará el éxito de la Revolución.

Se pasará por distintas modalidades, pero cada vez quedarán triturados más *ismos*; la Revolución Social, una vez hecha, se transformará en Revolución Filosófica, porque la masa estará ya educada y se habrá hecho consciente, y el comunismo de Estado, en el país en que se haya implantado, será sus-

tituído por el comunismo libertario ó por el colectivismo anarquista.

Pero todo eso no será aún la Anarquía pura sino un prefacio.

La Anarquía natural y pura no podrá fundamentarse en el individualismo absoluto por ser el continuo atentado contra la libertad individual de los demás.

El individuo en la Anarquía no tendrá ninguna necesidad de llamarse *individualista* por cuanto su individualidad será completamente libre. Le bastará con ser individuo y no individualista porque *individuo* será sinónimo de hombre libre, libre de la esclavitud propia y ajena, mientras que *individualista* equivaldría á hombre dominador dominado por la dominación de los dominadores.

Y tampoco el individuo en la Anarquía tendrá necesidad de llamarse *comunista*; le bastará con ser lo que por naturaleza es y lo que no puede dejar de ser: *sociable*, relacionándose naturalmente con los otros individuos para todo aquello que sea de interés mutuo como la producción y labor agrícola, fabril y artística y, en suma, para todo lo que *comunmente* y á *cada uno* sea conveniente é indispensable, útil y agradable, para vivir una vida individual, fuerte y libre.

El individuo en la Anarquía no tendrá necesidad de ponerse esos sambenitos ó *istas*, porque habrá desaparecido esa *necesidad*; le bastará con llamarse Hombre, así, también con letra mayúscula, concepto mucho más elevado que el ridículo de «superhombre».

La libertad individual y la igualdad social son inseparables para formar el Hombre en la Anarquía; prescindid de uno de esos dos conceptos y cada uno de ellos resulta un mito. Solo juntos tienen valor, pues forman el individuo y la sociedad libres; y si por una aberración surgiera algún individuo *individualista* con pretensiones de *súper* que quisiera dominar (lo que no es probable) sería buscarse el suicidio indirectamente, pues no hay duda que sería eliminado con mucha más facilidad que lo son los actuales superhombres dominadores de Rusia.

Parece mentira que existan individuos que, habiéndose llamado anarquistas, y otros dado pruebas de poseer mentalidad y conocimientos, hayan sido tan débiles de vaciarse dentro de otros individuos y tan cándidos de creer en las mismas soluciones de los políticos burgueses y en las superioridades falsas en que también creen los tontos y los ignorantes de la masa.

Pero no; no es de candidez lo que padecen, sino agotamiento prematuro, producido por la morfina literaria generadora de inacción y cobardía, más eficaz que el opio católico, y de apostasía, explicativa de conductas crapulosas de individuos que se han retirado... á la vergonzosa vida policial y á la de la timba y del quilombo.

Pero esos, retirados están con su *individualismo* bochornoso; nada nos importan; han vuelto al montón de la basura.

Son los aun no retirados del todo los que nos interesan; los que procedentes de distintos campos pretenden falsear la Anarquía; los enfermos de «analogía» con las deducciones de los *súpers* político-amasado-

res y con las creencias de los *infern* del montón amasijado.

Véanse, sino, las siguientes muestras de analogía perfectamente auténtica:

Dicen los políticos:

«El pueblo aun no está capacitado para pasarse sin tutores ni para hacer la revolución social; es necesaria antes su educación política para que pueda llegar á ser apto para la conquista del poder, desde donde podrá, por medio de la mayoría, imponer las soluciones que estime necesarias. Sólo entonces en todo caso podrá operarse esa revolución, puesto que el pueblo estará capacitado para vivir en un estado social más perfecto y en una mayor superioridad individual, en un ambiente de libertad bien entendida...»

Y dicen algunos selectos neo-adormideras:

«El hombre actual con su concepto de la vida y de las relaciones sociales está incapacitado para transformar la sociedad en sentido anarquista y sólo puede operarse esta revolución cuando los hombres actuales, ó en su defecto un número suficiente para imponer las soluciones estimadas necesarias, sean *superhombres* tal cual nosotros lo entendemos.»

¿Que las dos muestras no pueden ser más parecidas? Pues más analogía hay aún en lo que sigue.

Dicen los burgueses recalcitrantes, conservadores y reaccionarios:

«La Anarquía es la maldad, el libertinaje, la violencia, el desorden, la injusticia, la sinrazón, el caos. La Anarquía jamás podrá ser el ideal de la Humanidad...»

Y dicen algunos selectos *pseudo-hombres*:

«Si la Anarquía fuera razonable tan solo, no la queríamos ni la afirmaríamos porque la razón y su lógica es una tiranía contra la libertad de ser injusto y caprichoso...» «Nuestro ideal no es la Anarquía porque la Anarquía no es un ideal: la Anarquía sólo es la carne y la carne es el instinto...» «Sólo una puñalada es verdadera. Todo lo razonable es falso. Todo lo demostrable es falso. Como tal afirmamos la Anarquía...»

Como se ve, unos y otros están de acuerdo en todo y coinciden como si fueran *correligionarios*

Pero hay más semblanzas todavía.

Dice el autor del libro *La Razón contra la Anarquía*:

«El paraíso de la vida soñado por visionarios y anhelado por los desdichados, radica sólo en su imaginación. Es la negación de la realidad.»

Y dicen los *supermonos* imitadores de Buxadé:

«Negamos la sociedad futura, con su paraíso terrenal, la tan manoseada revolución social, y en fin, toda esa sociología de baratillo, propia para los cuentos de hadas y *gnomos* de Calleja y no para la vida real.»

Más aún.

Dicen los proletarios inconscientes, los estúpidos, los *débiles*, los cobardes y los resignados cristianos indigentes de la masa, cuando se les habla de la nueva vida que nosotros concebimos:

«Bah... Todo eso es imposible. Así lo hemos encontrado y así lo hemos de dejar. En lo que debemos emplear nuestras energías es en trabajar para que en el presente no nos falte pan en casa y una peseta en el bolsillo para podernos divertir lo mejor que podamos; mañana Dios dirá... Eso es lo que debemos procurar, y todo lo demás son romances...»

Y dicen los proletarios *individualistas* aburguesados... de lengua por las teorías super-burguesas, y no menos *débiles*, y todo lo demás, que los ya mentados:

«Somos incrédulos de la sociedad futura. Nuestras energías las hemos de derrochar en el presente, *viviendo nuestra vida*, sin etiqueta anarquista de ninguna especie. Y como no vemos forma alguna para poder llegar á la sociedad anarquista, por eso queremos vivir en lo presente lo mejor que po-

damos, y no renquear esperando lo futuro.»

Y ese hato de tipejos, que saben hablar todos los lenguajes del soberbio burgués y del resignado proletario menos el idioma anarquista, y que encierran en su ser todas las malas pasiones, todas las debilidades y todos los vicios del presente y aun del pasado, pretenden ser el hombre *nuevo*, el hombre *fuerte*, el hombre libre, cuando en realidad sólo son unos cuantos diseminados señoritos aprendices de literato y tres ó cuatro míseros proletarios fracasados como *leaders* obreros, como aspirantes á políticos y como plumíferos de la prensa!

¡Oh, fracasados *Rosmer* y *Rebeca*, ridículos *Brendel* y farsantes *Mortensgaard*!

No hay asistencia para vosotros; vuestra muerte está cercana. Y si os da miedo morir arrastrados por el torrente, morid al menos *superhombremente* como un vuestro fenecido apaleador y *correligionario*:

Cortaos la cabeza...

JULIANO MONTEGUALDO

(Continuará.)

Palabras de paz

Allá abajo, á la proximidad del sombrío castañar, el castillo resplandecía en una apoteosis sorprendente y trágica de llamas que parecían olas fantásticas, de las que se desprendían haces de chispas que se perdían en las inmensidades de la altura.

La montaña, las laderas y los valles estaban inundados de luz.

Veíanse sombras danzantes alrededor de las murallas que se derrumbaban con estrépito espantoso; voces de muerte y cantos de venganza dominaban el crujido del incendio.

Una multitud de campesinos, que se sentían libres desde que se exparció en los campos la noticia de la toma de la Bastilla, tomaba en aquella noche solemne su revancha de siglos de miseria y de opresión contra el castellano de Hautecourt.

Por el pronto el castillo ardía y tomaba apariencias de grandiosa ruina, mientras mujeres, niños, ancianos y hombres vigorosos danzaban una ronda fantástica á los resplandores del incendio.

Pero á lo largo de los setos que descendían hacia la llanura, un hombre encorvado y temeroso huía de aquella crudeza de luz, de aquella extensión iluminada que se desprendía del castillo señorial convertido en hoguera revolucionaria... Deslizábase en la sombra de las zarzas, de los agavanzos y de los espinos, volvía á veces bruscamente la cara para ver si le perseguían, y miraba con un relámpago de cólera aquella extensa mansión que ardía allá arriba, y que era la casa donde había nacido, donde había vivido y donde había contado acabar sus días.

Caminaba sin reposo, perdida la noción del tiempo... parecía entrar vivo en una tumba; creyó que un mundo nuevo, hasta entonces desconocido, se abría delante de sí y que él no era ya más que una sombra vaga y dolorosa, buscando un camino entre tinieblas, sangre y ruinas.

De pronto se encontró ante una cabaña perdida en el fondo de un valle, cobijada bajo la frondosidad tutelar de castaños seculares.

Tocó á la puerta con mano temblorosa diciendo:

—¡Abrid por piedad al señor de Hautecourt!

La puerta giró sobre sus oxidados goznes, y el desdichado entró en una ancha habitación entarimada, en que se manifestaba aquella limpieza campestre que es el único lujo de los pobres.

Hallóse ante dos hombres, mal alumbrados por la llama humeante de un quinqué de metal: un anciano y su hijo, ambos impasibles, con los ojos secos, nada sorprendidos por la repentina llegada de su antiguo señor y amo.

Este murmuró otra vez:

—Soy el señor de Hautecourt...

El joven respondió con dureza:

—Bien te conozco... ¿Qué quieres?

—Se me ha echado de mi palacio y se le ha incendiado... Mi mujer, loca de terror, se ha arrojado por una ventana y se ha roto el cráneo sobre las losas del patio de honor... Mi hijo, al primer rumor de los crímenes cometidos en París, ha pasado la frontera alemana... Yo he querido permanecer, pero no he podido... He tenido miedo y he venido al azar á llamar á vuestra puerta para escapar á la persecución y á la muerte.

—¡Y qué nos importa tu muerte, si ella es la señal de nuestra emancipación y marca el fin de nuestra miseria!

—¿Pero qué os he hecho yo?

—¿Qué has hecho, preguntas?... ¡En verdad, padre mío, es loco este hombre, que pregunta la causa con que todo el país le persigue!... ¡Si te abrieran el pecho y te arrancaran el corazón, en él se leería la lista horrible de tus crímenes ó de los cometidos en tu nombre... Mira á mi padre, considera sus arrugas, su rostro y sus manos, pregúntale si en esa existencia de bruto y de víctima, que cuenta ya sesenta años, ha conocido una sola hora de felicidad y de alegría. ¿De qué le sirvieron esos años de duro trabajo sobre la tierra ingrata, puesto que los escasos frutos que ganaba iban á parar al rey y á sus concubinas, á la cocina del cura, á su señor de Hautecourt y á sus perros?... Mi madre, venerable mujer, murió de frío y de hambre el año en que, para celebrar el nacimiento de tu hijo, organizaste una caza cuya jauría jadeante pisoteó nuestra pobre cosecha... Mi hermana, pobre virgen de alma cándida, seducida por las palabras insinuantes de tu mismo hijo, abandonó la cabaña para seguirle y no ha vuelto jamás á nuestro hogar...

¡Y nos preguntas con voz lastimera qué has hecho, y pides olvido y perdón!... ¡Y querías que te salváramos de una muerte que has merecido mil veces!...

¡Es preciso que pagues y que expíes, y soy yo quien en la hora presente te exige el pago de la deuda de sangre que con nosotros has contraído!

¡Vas á morir!... conde de Hautecourt, te concedo cinco minutos para que arregles tus cuentas con ese Dios que acatas, que permite tantas infamias y permanece sordo á las ardientes súplicas de los oprimidos. Como él seré cruel, juez severo, tu verdugo.

El conde se arrodilló y juntando sus manos imploró la clemencia del joven.

—¡No... no hay gracia ni piedad para tí, que no la tuviste para nadie... Has de morir!

El anciano, que hasta entonces no había pronunciado una palabra, detuvo el brazo de su hijo diciendo:

—¡No matarás!... ¡Este hombre es tu hermano; un mal hermano sin duda: no importa! En la tormenta que barre hoy con su poderoso é irresistible soplo la sociedad podrida del antiguo régimen; en esa tempestad que se llevará los troncos cimentados sobre masas de fango, de lágrimas y de sangre, pasa también un soplo de fraternidad cuya fresca bienhechora llega hasta nosotros... ¡Deja á ese hombre... pertenece á la humanidad de que todos formamos parte; es nuestro igual, es nuestro hermano! ¡Que viva para asistir al triunfo de la Justicia y del Derecho!

Y abriendo la puerta de la humilde cabaña que daba al campo, donde todas las fuerzas de la naturaleza vibraban en una explosión de movimiento y de vida, dijo al conde de Hautecourt:

—¡Eres libre!... Ya no eres esclavo de las preocupaciones y de las mentiras sociales... La pobreza, que conoces desde hoy, y el trabajo, que conocerás desde mañana, harán de tí un hombre, y quizá un ciudadano de la Ciudad Futura, donde sin distinción de castas, de razas ni de clases se refundirán los pueblos en una solidaridad común.

A. DE REGIS

Falsos caritativos

De tanto en cuanto los periódicos clericales se ocupan de las cuestiones obreras y emplean para ello un tono dulzón é hipócrita que á la legua trasciende la falsedad de sus intenciones.

Los dolores del pobre, sus apuros, su hambre, su deshonra, necesitan otra cosa que lamentaciones tontas y vanos llamamientos á una caridad que no existe.

Aparte de que la caridad no es un remedio para los males sociales, no puede serlo, no lo sería aunque todos los ricos fuesen caritativos y aunque los sacerdotes fuesen sinceros; aparte también que la caridad es injusta, porque los hombres no tienen derecho á vivir de limosna, sino á vivir de su trabajo con toda dignidad; aparte todo, lo que resulta principalmente es que los ricos no tienen piedad y que los sacerdotes no hacen otra cosa que servir los intereses de los ricos en contra de los pobres.

Los ricos saben demasiado que los pobres sufren hambre, frío, desnudez, suciedad, humillaciones; lo saben tanto que con frecuencia se quejan del repugnante espectáculo y hacen leyes de policía y ornato en las poblaciones para retirar de la vía pública á los desgraciados, como retira los escombros el cuerpo de borrenderos. Los ricos saben que hay pobres y que los pobres sufren mucho; pero no quieren poner remedio, no quieren sacrificar ninguno de sus privilegios para remediar los sufrimientos de los pobres.

Y los sacerdotes, esos que predicán la caridad cristiana no se ponen al lado de los pobres para ayudarles á hacer valer sus derechos; ni siquiera levantan la voz pidiendo á los ricos que renuncien á sus privilegios de clase en beneficio del bienestar de todos. Por el contrario, pretenden constituirse en los principales sostenedores de los privilegios injustos y odiosos, apoyan á los gobiernos y á los partidos enemigos del pueblo y se distinguen por sus odios y violencias contra los que procuran la redención de los oprimidos. En una palabra; los sacerdotes aspiran á constituir una especie de policía del capitalismo, policía muy cara y que á la postre ha de resultar contraproducente, porque la odiosidad que se han ganado los clericales con su conducta inmoral y sus procedimientos despóticos recae también sobre las instituciones que los curas aparentan proteger.

Si los sacerdotes sintiesen verdaderamente la caridad cristiana, serían sencillos y benévulos, en vez de ser duros y autoritarios; al entrar en las casas de los pobres entrarían con el corazón rebosando ternura y no como amos malhumorados, ni tendrían exigencias que á veces hacen resultar muy cara la escasa limosna de algunos céntimos ó de un trozo de pan negro y seco como el corazón de los donantes.

Otras veces el hombre de iglesia no se presenta siquiera en casa del pobre. La caridad es para él un tema de conversación para enternecer á las señoras y pedirles dinero, con el cual atiende el cura á los gastos de su vida espléndida y acumula capitales y compra fincas y los pobres se mueren de hambre esperando los beneficios de

la caridad que han oído exaltar en sermones elocuentísimos.

En estos casos la caridad es algo peor que inútil y que injusta. Es una verdadera estafa que se hace á los buenos sentimientos de unos y á la necesidad de los otros. Sin perjuicio de que todavía se promuevan escándalos cuando los gobiernos que tienen algo de liberales consideran necesario desamortizar los bienes eclesiásticos por tales medios acumulados.

Para nada sirve la caridad. Nada pueden esperar de ella los menesterosos. Cuando la predica la prensa católica, lo mismo que cuando se la recomienda desde el púlpito, no se trata sino de engañar. Es que los curas tratan de estafar al mismo tiempo á los pobres y á los ricos.

M.

Mitología cristiana

...Los dioses cambian más que los hombres, porque tienen una forma menos precisa y duran más largo tiempo. Algunos envejeciendo mejoran; otros se estropean con la edad. En menos de un siglo un dios viene á ser desconocido. El de los cristianos se ha transformado más completamente quizá que ningún otro. Esto obedece, sin duda, á que ha pertenecido sucesivamente á civilizaciones y á razas muy diversas, á los latinos, griegos, bárbaros, á todas las naciones formadas con los despojos del Imperio Romano. Ciertamente hay distancia del rígido Apolo de Dédalo al Apolo clásico de Belvedere. Hay más distancia todavía del Cristo efebo de las catacumbas al Cristo ascético de nuestras catedrales. Este personaje de la mitología cristiana sorprende por el número y la diversidad de sus metamorfosis. Al Cristo flameante de San Pablo sucede, desde el siglo II, el Cristo de los sinópticos, judío pobre, vagamente comunista, que casi enseguida viene á ser, en el cuarto evangelio, una especie de joven alejandrino, discípulo muy débil de los gnósticos. Y más tarde, considerando solamente los Cristos romanos y aun de estos los más célebres, hubo el Cristo dominador de Gregorio II, el Cristo sanguinario de Santo Domingo, el Cristo jefe de partida de Julio II, el Cristo insípido y ambiguo de los jesuitas, el Cristo protector de la fábrica, defensor del capital y adversario del Socialismo, que florece bajo el pontificado de Leon XIII y que reina todavía. Todos estos Cristos que entre sí sólo tienen de comun el nombre, San Pablo no los había previsto. En el fondo, no sabía más que Gallion sobre el dios futuro...

ANATOLE FRANCE

Definición del Sindicalismo

La palabra *sindicalismo* ha conquistado en estos últimos tiempos un significado más vasto del que indica la etimología. El sentido bien concreto que ya tenía, persiste; esta palabra continúa denominando «los partidarios de la organización sindical». Pero desde ahora en adelante además de esa definición nebulosa é incolora, de bastante elasticidad para comprender tanto á los sindicalistas amarillos cuanto á los rojos, ha conquistado decimos una definición nueva y precisa. La palabra *sindicalismo* ha venido á ser un término genérico, en el sentido de un momento de la conciencia operaria, y como tal comprende á los obreros que, desembarazados de las concepciones enfermizas, ilusorias, han comprendido que los mejoramientos, parciales ó totales, son productos de la fuerza y de la voluntad populares. Sobre las ruinas de esperanzas ingenuas y de creencias en el milagro, mantenidas por la superstición, tanto de la providencia estatal cuanto de la providencia divina, ellos han elabora-

do una doctrina sana y humana, que tiene sus raíces en una constatación é interpretación leal de los fenómenos sociales.

El *sindicalista* es evidentemente un fautor de la unión de los trabajadores en sindicatos. Solamente, que él no concibe el sindicato como algunos que restringen su círculo de acción hasta no dejarle más horizonte que la discusión ó la disputa cotidiana con el capitalista; y esto sobre reivindicaciones secundarias, momentáneas, que ni sirven siquiera para poner en evidencia el bien ó el mal deducido de la explotación proletaria. No concibe tampoco el sindicato como algunos que ven en esta asociación una «escuela primaria del socialismo», donde se forman y se reclutan los militantes con la visión de los esfuerzos considerados más eficaces, por ejemplo, la conquista de los poderes públicos.

Para el *sindicalista*, el sindicato es la asociación por excelencia, que responde á todas las necesidades, á todas las aspiraciones. Es el grupo cual lo imaginan los «reformistas», que permite batallar cotidianamente contra el patrón por mejoramientos y reivindicaciones particulares; más, es también la asociación apta para conducir á buen término la obra de expropiación capitalista y de reorganización social que los socialistas, creyentes en el Estado, piensan realizar con apoderarse de los poderes políticos.

Entonces, para el *sindicalista*, el sindicato no es una asociación de circunstancias, cuya razón de ser, limitada al ambiente actual, no se concebiría, hecha abstracción de este ambiente. Para él el sindicato es el grupo inicial y esencial; debe embozarse y desarrollarse en cualquier ambiente y esto independientemente de toda teoría preconcebida.

En efecto ¿no es natural, para los expoliados de una misma profesión, acercarse, entenderse, unirse para la defensa de intereses comunes inmediatamente tangibles?

Aun suponiendo la destrucción de la sociedad capitalista y la fecundación, sobre las ruinas, de una sociedad comunista ú otra, es evidente que, en este caso, aun en el nuevo ambiente, el grupo urgente é indispensable sería el llamado á establecer las relaciones entre los hombres adeptos á trabajos y funciones idénticos ó afines.

Así, el sindicato, el grupo corporativo aparece como la célula orgánica de toda sociedad.

Actualmente, para el *sindicalista*, el sindicato es el organismo de lucha y de reivindicación de los trabajadores contra los patronos. Mañana será la base sobre la que se eruirá la sociedad normal, libre de la explotación y la opresión.

EMILIO POUGET

La huelga de Bilbao

La burguesía, los cristianos burgueses, los «hombres de orden», han manifestado una vez más sus instintos feroces echando la fuerza pública sobre los trabajadores; se han gozado viendo derramar la sangre de sus obreros, de sus esclavos, de los que trabajan para ellos.

Los trabajadores, en esta sociedad cristiana y democrática, tienen derecho al hospital si saben humillarse, derecho á votar por quien le diga el patrono, derecho á vender sus hijas y hasta derecho á morirse de hambre.

A lo que no tienen derecho es á tener dignidad.

Por esto, cuando los obreros piden aumento de jornal para poder comer ó arreglo de las condiciones de trabajo para no rebentar de fatiga, la represión de los burgueses suele ser violenta y cruel; pero cuando se trata de la dignidad del obrero entonces la burguesía se muestra más feroz toda-

vía, entonces renace en cada burgués el sacerdote inquisidor y el caudillo salvaje.

Porque lo que se quiere principalmente es que el obrero no llegue á tener dignidad; puesto que se sabe que el día en que los obreros tengan dignidad habrá terminado para siempre el odioso régimen del privilegio y de la división de clases.

Para que los obreros no tengan dignidad se ponen trabas á la enseñanza, ó bien se entregan las escuelas á las órdenes religiosas. Para que los obreros no tengan dignidad se fomentan los vicios, protegiendo los gobernantes y concertándose inmoralmente con los que dan á beber alcohol venenoso, con las casas de juego, con todas las porquerías que se llaman diversiones, pero que no lo son, sino corrupciones de la moral y de la salud de los trabajadores. Para que los obreros no tengan dignidad, para herirles en lo más vivo, sostienen los gobiernos ese cáncer social de la prostitución, que arrebató todos los años muchos miles de jóvenes obreras, que caen vencidas por la desgracia, por la miseria, por la ignorancia, que son luego explotadas, maltratadas, vilipendiadas y que finalmente van á morir en el abandono y en las supremas angustias de un hospital.

Ese capataz borracho y miserable que en Bilbao trataba de manera despótica é insultante á los operarios es el servidor ideal de la burguesía, el servidor ideal que bendice el cura, que alaba el gobernante, á quien presta fe el magistrado cuando presta falsas declaraciones contra el obrero de carácter independiente. Es el tipo del obrero católico, de igual modo que el tipo perfecto del patrono católico es el jesuita Urquijo, presidente de la Diputación provincial que publicó el bando provocador y se negó á recibir comisiones obreras porque temió que el polvo de las minas, de las fábricas y de los campos llegase á manchar su reluciente levita.

Luego han venido las escenas violentas: las tropas en la calle; el obrero vestido de uniforme disparando contra el obrero que viste blusa y cubre su cabeza con la clásica boina; son hermanos, pero les separa de momento la astucia de los burgueses, de los enemigos de ambos, que les divide para oprimirlos á todos, para robarles el pan y para impedirles que tengan dignidad.

Bilbao, la gran ciudad moderna levantada por el esfuerzo del trabajo de los obreros, ha visto la sangre de esos mismos obreros en manchas rojas sobre el pavimento de sus calles. Estas manchas son la marca de infamia de la civilización capitalista.

La violencia llama la violencia, y esta organización social que para defenderse necesita el engaño de las religiones y los horrores de las guerras y las matanzas en las calles, no podrá escapar á la destrucción y á la ruina.

Y en los días trágicos que han de venir se recordarán los obreros que han muerto en la huelga de Bilbao para defender la dignidad propia y la de todos los hijos del trabajo.

El Patrimonio Universal — Conferencia sociológica, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.

ECOS Y COMENTARIOS

Después de muchos meses de enconadas polémicas, los diarios locales tratan de concertar una avenencia que apacigüe los odios y destierre los personalismos.

Por nuestra parte, no hemos de entrar en estos arreglos, ni nos hace falta; pero, creemos que es deber nuestro, por delicadeza, el no poner obstáculos á los proyectos conciliatorios de la prensa local, principalmente cuando nos allana el camino el hecho de que no se haya contestado á cuanto hubimos de escribir en nuestro número anterior.

Si los diarios locales mejoran sus procedimientos de lucha, eso habrá ganado la cultura general; de lo contrario, á los que faltan habrá que tratarlos luego con mayor dureza, por incorregibles.

Han sido puestos en libertad los compañeros presos con motivo de los sucesos de la semana pasada.

La libertad es bajo fianza, pero se asegura que en el sumario no aparecen hechos graves, como no los hubo ciertamente en la realidad.

De todos modos, muy sensible es que tales molestias hayan de recaer siempre sobre compañeros nuestros.

Por causa de haber estado preso el compañero Manent, nuestro número anterior apareció con algunas deficiencias y luego se han retrasado los trabajos de imprenta, de modo que no hemos podido servir, entre otras cosas, las etiquetas antialcohólicas que habíamos anunciado.

Procuraremos recobrar el tiempo perdido,

De nuestros lectores y amigos de esta ciudad hemos recibido una manifestación de simpatía que nos ha llenado de satisfacción. Cuando tuvimos el número anterior impreso no podíamos repartirlo, porque el repartidor estaba preso. Entonces hicimos poner un anuncio en *El Liberal* advirtiendo que podían pasar á recoger el periódico en nuestra administración.

Y efectivamente, vino la gran mayoría, quizá la totalidad de nuestros habituales lectores, y además muchos curiosos, puesto que se vendieron bastantes más ejemplares de los que se reparten de ordinario por la población.

Esta prueba elocuente de simpatía y de interés por nuestra publicación en momentos difíciles nos ha producido una gran alegría y nos ha dado alientos para nuevas empresas.

En Barcelona se ha celebrado una reunión de profesores de Escuelas libres y de delegados de sociedades obreras, habiendo constituido una Asociación de Profesores y una Liga de defensa y protección de la Enseñanza Racional en España, independiente de toda significación ó partido político. Quedó nombrada una Comisión para activar los primeros trabajos encaminados á anular todo peligro de cierre de escuelas.

Para el domingo último estaba anunciada otra reunión convocada en un llamamiento á todos los profesores para facilitarles medios y darles instrucciones para legalizar sus escuelas.

Esperamos saber más detalles de los trabajos de dicha Liga para que puedan aprovecharlos los compañeros y asociaciones que sostienen Escuelas libres.

El Centro Obrero de la Costanilla de los Angeles, de Madrid, continúa la campaña emprendida para liberrar á los presos por cuestiones sociales.

Con este fin propone á todas las sociedades obreras de España que celebren un mitin el próximo día 2 de Septiembre, rogándoles que envíen las conclusiones aproba-

das, «las que se cumplimentarán, por muy radicales que sean en un plazo relativamente breve, designado de antemano por las sociedades adheridas, si el Gobierno desoye nuestras peticiones.»

La suscripción que fué abierta enseguida que hubo compañeros presos en la cárcel de esta ciudad ha producido pesetas 21'30 que se han entregado al compañero Antonio Marí quien ha estado preso diez días. No tenemos espacio para publicar el detalle de la suscripción.

El compañero Benito Olarte Pérez desea saber el paradero de su hermano Andrés que reside en Buenos Aires. La última carta que le escribió, y desde entonces no tiene de él noticia, fué de Chirivicoi.

Si esta noticia no llega á manos del interesado y algun compañero de América por casualidad sabe su paradero haría un bien en comunicarlo á la dirección siguiente: Benito Olarte Pérez, calle Nueva número 3.—Lebrija (Sevilla).

Se desea la reproducción de este suelto en la prensa obrera de Buenos Aires.

El compañero Ecequiel Fernández, de Sopena, avisa á *Tierra y Libertad*, *Vía Libre*, *El Proletario* y *La Voz del Cantero* que le manden sólo 5 ejemplares.

Salud y Fuerza puede enviarle 25 ejemplares de *Huelga de Ventres*.

Actos civiles

En Villacarlos se han unido civilmente los compañeros Juana Morey y Antonio Vidal.

Con el nombre de Amador han inscrito un niño en el Registro civil de Cullera, los compañeros de aquella población Pedro García y María Vicenti.

CORRESPONDENCIA

- Barcelona*.—F. R. Recibido 31 pesetas. Escribimos á M. G.
- San Paulo* (Brasil).—M. M. Enviamos paquete desde este número á la dirección que indicas.
- Dowlais*.—P. S. M. Enviamos paquete desde este número á la dirección que indicas. Recibido dinero.
- Torrente*.—P. M. Servimos suscripciones desde este número. Precio de cada suscripción 1 peseta. El pago como con venga.
- Lérida*.—F. P. Recibido 1'65 pesetas. Enviaremos etiquetas y folleto.
- Barcelona*.—J. V. Enviamos paquete y folletos. Serviremos etiquetas. Escribiremos.
- Ecija*.—F. R. Debes ahora 1'50 pesetas.
- Madrid*.—*Tierra y Libertad*. Tenemos para vosotros una peseta de Guillermo Fullana, de San Luis, como pago de un trimestre de suscripción.
- Santander*.—M. M. Recibido 15'30 pesetas. Conforme con tu liquidación. Enviamos folletos. La cantidad á que te refieres es de 17 pesetas.
- Villanueva y Geltrú*.—J. A. Servimos suscripción.
- Coruña*.—F. R. Recibido 5 pesetas; de ellas, 50 céntimos para *Salud y Fuerza* de Barcelona.
- Sopena*.—E. F. No hemos recibido la cantidad que dices.
- Barcelona*.—P. «La Solidaria». Recibido 4 pesetas.
- Elda*.—Recibido 1 peseta por conducto de *La Voz del Cantero*. Conviene se nos diga quien la ha mandado, pues sus iniciales no concuerdan con las de nuestros correspondientes ni suscriptores.